

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 47.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Junio 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La nueva ciencia económica*, por Federico Urales.—*La tuberculosis en Barcelona*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.
SECCION LIBRE: *Las crisis del ideal*, por Pedro Corominas.—*Lo desconocido*, por Camilo Flammarion.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGIA

LA NUEVA CIENCIA ECONOMICA

En sociología cada pensador interpreta los problemas sociales conforme su presente estado económico y en psicología cada filósofo aprecia los fenómenos de la inteligencia según se lo exige su educación y su temperamento. De esta regla muy pocos sabios se escapan, y si alguno se libra de ella, no es ciertamente de los que constituyen la ciencia sancionada por las actuales generaciones.

Si estudiamos las obras de los que en España y en otros países pasan por sociólogos de talla, no sabremos lo que es sociología, y si pretendemos conocer los principios en que se funda la moral, con todas sus amplitudes y derivaciones, estudiándola en los más renombrados talentos psicólogos, nos quedaremos en ayunas. Los sociólogos oficiales os expondrán mil sofismas para poder armonizar el presente estado de cosas con las aspiraciones socialistas, y los psicólogos elevarán á dogmas morales las condiciones de su propio temperamento ó de su accidental estado de ánimo, alterable y alterado por cualquier incidente social ú orgánico.

Es conveniente estudiar estos fenómenos y presentarlos á la conciencia pública, para que no sirvan de estorbo más tiempo á la sociología y á la moral verdaderas.

Los que cultivan la ciencia que priva, todos los talentos consagrados por una sociedad injusta, conocen un arte especial que consiste en saber contentar á los poderes constituidos, económicos, políticos ó religiosos, y en dar, al mismo tiempo, gotas de esperanza á los que sufren las consecuencias de una ciencia económica al servicio de los que dan fama y dinero.

En España pasan por sociólogos eminentes personas que no han producido obras de sociología y hasta que consideran imposible, y quizá por esto se les consagró la práctica de la nueva ciencia económica. No comprendemos un sociólogo que no sea

socialista, como no comprendemos un militar que no sea partidario de la guerra ó un científico que reniegue de la ciencia.

No crearon la sociología los partidarios del actual orden de cosas; no sostienen á la sociología las masas que consideran este mundo el mejor de los mundos posibles. Y si la sociología existe desde que los pensadores socialistas, ácratas ó demócratas, la crearon con su estudio de la producción y del consumo; de los males que reinan y de los remedios que pueden aplicarse para curarlos; del origen de la propiedad y de la servidumbre; de la injusticia que representa el capital acumulado y de la miseria elevada á ley social, ¿cómo llamar sociólogos á los que el mundo burgués paga, sostiene y considera eminencias?

Es menester fijarse en este hecho: Comte escribe por vez primera la palabra sociología y Comte fué el primer enemigo activo del presente estado económico. Talentos insignes siguieron las huellas de aquel gran sociólogo y todos juntos, pero todos adversarios de la economía burguesa, fundan, frente de la vieja, una nueva ciencia económica. Si por el esfuerzo y el estudio de los adversarios de la actual sociedad la sociología adquiere carta de naturaleza científica, ¿con qué derecho se llaman sociólogos sabios á sueldo del régimen social que aún impera? Llámense, si quieren, políticos, estadistas, economistas, filósofos; pero que no se llamen sociólogos, porque de llamarse así perturban la ciencia social, ya que tienen el deber, deber que impone la gratitud, de armonizar la sociología con el sistema que la motivó con sus injusticias y con el cual nada tiene de común.

Y véase la perturbación que se produce dentro de la nueva ciencia económica con pretender y sentar plaza de sociólogos sabios tributarios de una sociedad, contra la cual se ha levantado en rebeldía la verdadera ciencia económica, la sociología verdadera.

Para Goblot la sociología es la lógica aplicada á la sociedad. Para Van der Rest la sociología es una ficción de ciertas inteligencias, puesto que lo único que con alguna propiedad podría llamarse sociología, es la filosofía que se deduce de la historia, y esta filosofía se deducía ya antes de que nadie pretendiera crear una ciencia social. Para Lagresille la sociología es una ciencia puramente moral y psicológica. Para Bouglé la sociología se divide en biológica y en psicológica. Para Gidding la sociología es una ciencia de carácter general, que no tiene objetivo determinado. Para Ahrens la sociología es la filosofía, juzgando la vida pasada, analizando la presente y presentando fórmulas para el porvenir. Para Fouillée la sociología es una especie de estadística social que se ocupa en clasificar las fuerzas económicas... Interminable podríamos hacer estas citas, sin que nuestros lectores comprendiesen lo que es sociología ni el objeto que persigue.

A tal confusión ha conducido el hecho de que los hombres tengan opuestos sus intereses. Estos y otros sabios, con argucias tales y con semejantes apreciaciones, defienden el pan de cada día, como otros lo defienden descargando su martillo sobre el yunque. Porque amparan las rentas y los privilegios de la burguesía, se les considera grandes personajes, se les condecora y se les da la dirección de los centros docentes. Si se declarasen verdaderos sociólogos, si defendiesen la nueva ciencia económica, habrían concluido de ser sabios, de cobrar anualidades de miles de francos y de ver agotadas las ediciones de sus libros. Ahora cobran los servicios como los cobra el peón que sirve bien á su amo, y como los cobra el periodista que pone su pluma al servicio de quien paga.

Como, á pesar de todo, la inteligencia de esos hombres se acuerda á veces de la justicia y del derecho; como, á pesar de todo, sus aspiraciones de seres humanos no pueden satisfacerse con semejante tarea, contra sus propios intereses materiales y contra los de su impersonal señor, dan alguna que otra vez las notas justas de que nos habla Grave en el artículo que de él se publica en otro sitio.

La sociología no es lo que han dicho los sabios citados ni lo que dicen otros á ellos iguales, y si alguna de las definiciones expuestas, aguzando un poco el ingenio, pudiera armonizarse con la verdadera sociología, más se debería al gran recurso intelectual de que el hombre dispone, que á la buena voluntad de quienes las han formulado.

Desde el momento que, como hemos dicho, la sociología es la obra de los enemigos de la actual sociedad, representa la concepción de un nuevo estado social que, al contrario del que hoy rige, garantiza la vida á todos los individuos; y el pensador que no defienda este nuevo estado social, ni es sociólogo ni ha comprendido la misión de la sociología, ó, si la ha comprendido, no tiene fuerza de voluntad suficiente para defender la dignidad y la libertad de su cerebro contra las asechanzas y halagos de la burguesía.

No puede servirse á dos ideales, como no puede servirse á dos señores; y que no puede servirse á dos ideales, se lo dirá la conciencia de todo autor de claro talento que, después de haber escrito un libro en defensa del actual orden de cosas, ó de haber dado una conferencia anatematizando ó ridiculizando los principios socialistas, sea lo suficiente *rico* para pensar en lo que obliga el afán de gloria, la preocupación de los oyentes ó las necesidades de la vida.

La sociología no es otra cosa que la ciencia de armonizar los productos naturales y sociales con las necesidades de los hombres, considerando á estos hombres iguales y con derechos y medios para satisfacer aquellas necesidades.

Sobra toda retórica, eufemismo y capciosidad. Lo que el hombre produce es del hombre; lo que la naturaleza produce es del hombre también. ¿En qué grado? En el que determine las necesidades de cada uno, descartada, por resuelta, la cuestión de la suficiencia de productos.

Este es el objetivo de la nueva ciencia económica, de cuya verdad no dudaría ningún sabio si hubiéramos tenido la suerte de establecerla en medio de los hechos consumados; porque entonces gozarían de los beneficios que proporcionara la sociología, que es á lo que están los sabios oficiales.

FEDERICO URALES.

LA TUBERCULOSIS EN BARCELONA

La Academia del Cuerpo Médico municipal de Barcelona ha inaugurado el curso académico del corriente año con la lectura de un discurso verdaderamente sensacional sobre *La tuberculosis en Barcelona*.

Su autor, D. Ignacio de Llorens y Gallard, trata el asunto como médico y como sociólogo y filántropo, y en su exposición y desarrollo se ve la expresión de la verdad y la indignación del hombre honrado que protesta contra el crimen perpetrado con la tranquila parsimonia del método.

Los párrafos copiados á continuación tocan á lo vivo en la conciencia, y por lo

mismo, deseando contribuir á su popularización, ya que el trabajo sólo sería conocido del corto número de lectores de Revistas profesionales, los trasladamos á estas páginas con el propósito de que sirvan de acicate revolucionario para los trabajadores, toda vez que respecto de los privilegiados y de los poderes públicos están destinados á ser letra muerta.

«Es la tuberculosis cuestión de amargo interés general, porque afecta á muchísimos hermanos nuestros; pavorosa, porque cada día son mayores los estragos que ocasiona, y transcendental, porque ella sola encierra el porvenir de la humanidad.

La tuberculosis es un terrible azote que sigue á los pueblos en razón directa de su civilización, cual apocalíptica amenaza contra el derroche de fuerzas físicas y morales que al hombre obliga la actual desesperada lucha por la existencia.

Mr. Nocard, profesor de la escuela de Alfort, evalúa en la quinta parte la fracción de la población del globo afecta de tuberculosis, haciendo notar que la proporción aumenta en las grandes ciudades, hasta el doble, con respecto á los que viven en el campo.

Según Straus, en una mortalidad general del 22 por 1.000, que es la propia de los países civilizados, la mortalidad por la tisis es de 3 por 22, ó sea la séptima parte de la mortalidad total.

En París, según la estadística municipal, mueren 200 tísicos por semana, que viene á representar la cuarta parte de la mortalidad general.

Viena y Bruselas cuentan aún más tuberculosos que París.

Leyden, de Berlín, evalúa en más de un millón los alemanes que mueren anualmente de tuberculosis.

No existe inmunidad geográfica para la tisis, puesto que se desarrolla en todos los climas, en todas las altitudes y en todas las latitudes.

Barcelona es también víctima de esta enfermedad, sin que sus estragos preocupen lo bastante á corporación alguna. Esta mortífera pestilencia diezma á nuestra infeliz clase proletaria de manera alarmante.

En la tuberculosis cristalizan todas las miserias, todas las injusticias que pesan sobre la clase obrera, vilmente explotada por el monstruo moderno: por el capital.

Yo he paseado por las riberas del Cardener, del Llobregat y del Ter. He admirado la magnitud de sus fábricas, en alguna de las cuales se levanta una iglesia para adorar al Dios de la justicia absoluta. He visto á la población obrera escualida, demacrada, minada por la tuberculosis, fatigada por un exceso de trabajo miserablemente retribuido. Hombres, mujeres, niños y niñas en inverosímil mezcolanza, con respiración anhelosa, al lado de los telares trabajando durante largas horas á expensas de sus menguadas fuerzas físicas, tosiendo unos con tos seca, otros con tos caverlosa, y escupiendo todos en el suelo esputos bacilares, que son verdaderas siembras de gérmenes tuberculosos.

En cambio, pasead por las más soberbias calles y paseos de Barcelona, y admiraréis los suntuosos palacios del capital; os sorprenderá la magnificencia de sus trenes; el musitado lujo de sus vestimentas; el insultante derroche de sus riquezas; el descaro de sus orgías, y al comparar la misérrima existencia del trabajo y la esplendorosa vida del capital, sin querer os acordaréis de aquel decadente imperio romano, en que los magnates, entre el lujo y cinismo de sus concupiscencias, entretenían sus ocios aplaudiendo en los repugnantes circos á los leones que eran más diestros en destrozar á los esclavos.

El tirano de nuestros tiempos no mata á sus semejantes en los circos; los mata en las oscuras galerías de sus minas, en los talleres de sus fábricas, en mil insalubres explotaciones. Y los que escapan á esas frecuentes muertes accidentales, debidas á la falta de cuidado de los patronos, rendidos por las malas condiciones del trabajo, son víctimas de la tuberculosis que los arrebató á miles en edad temprana, sin que el capital se preocupe poco ni mucho de esta tremenda injusticia social.»

Quien eso escribe no es un enemigo del orden social, como los privilegiados llaman al que censura sus vicios y sus crímenes, es sencillamente un hombre de ciencia

que, con sentimientos humanos y despejado criterio se halla frente á frente de una hecatombe que se repite sin cesar bajo los auspicios y por tanto con la responsabilidad de doctrinas y personas englobadas en el desbarajuste religioso, jurídico, político y económico de nuestros días, y, naturalmente, poseído de indignación, califica, y la calificación resulta dura, aunque no tanto como merecen esos enriquecidos y esos mandarines que gozan y disfrutan á costa de los sudores, de las lágrimas y de la sangre de tantos miles de infelices.

Júzguese, además, en vista de los siguientes espeluznantes y positivos datos:

«En los dos últimos decenios, fallecieron 22.000 barceloneses de tuberculosis, mientras que las cuatro últimas epidemias del cólera que han azotado á nuestra Barcelona, sólo ocasionaron 14.000 víctimas.

Y téngase en cuenta que la tisis aumenta progresivamente en Barcelona de manera peligrosa, hasta tal punto, que si las autoridades y el público de consuno no recaban el debido cumplimiento de acertadas medidas profilácticas, la tuberculosis acabará con la población de Barcelona en un tiempo no lejano.

Según datos estadísticos que comprenden desde 1.º de Julio de 1898 á 30 de Junio de 1899, en la Barcelona actual, que según el censo de 1897, arroja una población de 504.090 habitantes, incluyendo en esta cifra la población militar y la marítima, hubo una mortalidad general de 14.285 individuos; de manera, que en este período de tiempo la mortalidad ha sido de 28,3 por 1.000.

De estas 14.285 defunciones, 1.963 son debidas á la tuberculosis, lo cual equivale á 137,3 por 1.000 de la mortalidad general, ó sea, cerca de la séptima parte de la mortalidad total.

De datos tales se desprende que el número mayor de fallecimientos por tuberculosis (561) corresponde á la edad que media entre los quince y treinta años. En dicha época de la vida, las pasiones, la sífilis, el alcoholismo, los medios confinados en que se vive y se trabaja, los excesos de todos géneros, sumen al individuo en condiciones favorables para la germinación del bacilo de Koch. Sabido es que los organismos empobrecidos por cualquiera causa, tienen poca resistencia que oponer al contagio tuberculoso.

Después de la juventud, la niñez es la que paga mayor tributo á la tisis. ¡526 defunciones en doce meses!»

De toda esa matanza, organizada con tan culpable y brutal regularidad, la naturaleza es irresponsable. Bien lo evidencia el Dr. Llorens: la culpa es del régimen, es decir, de los que á su sombra viven y aun de los que lo toleran.

«Barcelona posee un clima excelente, sol espléndido, situación geográfica magnífica, y á pesar de todas estas buenas condiciones higiénicas naturales, es una ciudad insalubre. Las defunciones superan á los nacimientos, hasta tal punto, que si no fuera la constante inmigración, esta hermosa ciudad vería decrecer rápidamente su población, hasta extinguirse en un tiempo no remoto. Barcelona salda sus presupuestos anuales de vitalidad, con una pérdida efectiva, de más de 2.000 habitantes. Este balance conduce á la ruina segura, inevitable.

Durante el último año económico, Barcelona ha tenido una mortalidad de 28,3 por 1.000 habitantes, que es la mortalidad normal de esta población. Este excesivo tributo á la muerte, demuestra palpablemente, que la ciencia sanitaria moderna es del todo desconocida entre nosotros; ó que nuestra desidia higiénica llega hasta adormecer nuestro instinto de conservación.

Es realmente vergonzoso que veamos muchísimas ciudades de Europa y América, de menor importancia que Barcelona, las cuales, gracias á la popularización de los preceptos de la moderna higiene, gracias á un conocimiento público de las leyes generales que rigen á la vida y á la salud, hayan conseguido disminuir la mortalidad general á una tercera parte con respecto á la de veinte años atrás, y que nosotros permanezcamos, con fatalismo musulmán, inactivos é indiferentes ante nuestras propias y evitables desgracias. Es tanta nuestra ignorancia en saber vivir, en el sentido estricto

to de la palabra, que sólo os diré que en Barcelona mueren más individuos de la viruela que en todo el imperio alemán. Y á fe mía, que no es debido á que en Barcelona haya dificultades para vacunarse, pues en todos los dispensarios municipales se vacuna gratuitamente á todas horas, sin que se exija para ello documentación ni requisito alguno.

Y resulta más desconsolador nuestro abandono sanitario, al contemplar que más de la mitad de las defunciones son debidas á enfermedades infecciosas, ó sea enfermedades evitables.

Sol para tonificar nuestros organismos y destruir microbios; aire oxigenado para renovar la atmósfera viciada, y agua abundante para el consumo y para la limpieza y arrastre rápido de las inmundicias, son los tres elementos indispensables para conseguir la salubridad de las urbes.

Barcelona tiene sol espléndido, aire suficiente y agua escasísima. Dicho se está que, faltando este último imprescindible elemento, el saneamiento de esta ciudad es imposible.

Urge, por lo tanto, que sea un hecho la pronta traída de aguas en cantidad y calidad bastantes para el consumo público y para la limpieza de nuestras detestables cloacas.

Si Barcelona tiene sol esplendoroso y aire suficiente, ni uno ni otro benefician á los habitantes de esas casuchas de 17 á 30 metros superficiales de extensión, emplazadas en calles estrechas, oscuras y húmedas del casco antiguo de Barcelona, en las cuales es imposible la salud, siendo en cambio focos de infección para el resto de la ciudad. En las calles de la Espadería, Platería y adyacentes, Tapinería, Vidal, Flasers, Cambios Viejos, Rech, Trompetas, Carders, Freixuras y muchas otras, abundan las casas inverosímiles por sus pequeñas dimensiones de capacidad y por sus grandes elevaciones. En el popular barrio de la Barceloneta las casas tienen, generalmente, 8 metros de longitud por 5 metros escasos de anchura, y en sus habitaciones, pésimamente construidas, viven hacinados multitud de vecinos.

Barcelona cuenta 77 calles cuya amplitud no pasa de 2,50 metros, y de las 440 del casco antiguo hay 417 con un ancho menor de 6 metros.

Estas calles estrechísimas impiden el acceso del sol y dificultan la renovación del aire, debiendo sus habitantes ser víctimas primeramente de la anemia y del linfatismo, en seguida de la escrófula, para terminar en la tuberculosis, que en estas calles sacrifica familias numerosas en poco espacio de tiempo.

Los infelices tuberculosos pobres habitan en pisos pequeños, en los cuales el comedor, el dormitorio, la cocina y el retrete se hallan juntos y en constante comunicación. Ni retretes ni fregadores tienen sifones aisladores, y si á esto añadimos la falta de sol, la escasa cubicación atmosférica y la escasez de agua podemos figurarnos la atmósfera fétida que en ellos se respira; atmósfera infeccionada por multitud de microbios patógenos, principalmente bacilos tuberculosos que el tísico siembra con sus esputos en toda la habitación, que contaminan á todos los individuos de la familia y vecinos, causando numerosas víctimas.»

Trata después el autor de la torpe y culpable manera con que se verifica el lavado de ropas de los tísicos, faltando á las más rudimentarias nociones higiénicas; de las traperías y prenderías, donde se venden trastos y ropas usados, que son semilleros de microbios patógenos de todas clases, especialmente tisiógenos; de la lactancia mercenaria, repugnante explotación de nodrizas y padres pobres, ejecutada por brujas burguesas llamadas *madres de nodrizas*, y habla luego de las escuelas, de las que dice lo siguiente:

«Uno de los principales elementos de la higiene de la infancia es la escuela. He aquí unos párrafos de un modesto trabajo que publiqué años atrás referente á este asunto, con el título de *La higiene en las escuelas*:

El Ayuntamiento de la condal ciudad sostiene 19 escuelas para cada sexo, más 10 de párvulos, 9 de las cuales equivalen á doble número, ó sea á una de cada sexo. Suponiendo que las escuelas privadas existentes reúnen las condiciones que la ley exige para suplir las dos terceras partes de las públicas que corresponden á esta ciudad, y contando las escuelas de párvulos que sostiene el Ayuntamiento, resulta que en

Barcelona faltan 36 escuelas, 18 para cada sexo. Y notemos, de paso, que Barcelona posee el mayor número de escuelas con relación á su población, comparada con otras ciudades de España.

Además de ser deficiente el número de escuelas, las existentes reúnen detestables condiciones, y precisa corregir los vicios de que adolecen, si Barcelona quiere conservar, con justicia, el dictado de culta y progresiva.

Con la agregación ignoro las escuelas que faltan; pero sí puedo asegurar que todas, sin excepción, reúnen pésimas condiciones higiénicas.

La falta de sol, aire y espacio de los edificios escolares, la falta de una periódica inspección médica de los alumnos, y mil otros inconvenientes que no puedo detallar en este trabajo, son factores de distintas enfermedades, entre ellas la tuberculosis.»

Ocupase después de los hospitales barceloneses, y hace estas curiosas revelaciones:

«Respecto á hospitales, es realmente vergonzoso lo que ocurre en Barcelona. ¡Un solo hospital y malo! Y aun así no caben los enfermos que no tienen donde albergarse. El hospital de la Santa Cruz, que un dignísimo catedrático de nuestra facultad de Medicina llamó, muy justamente, la antesala del cementerio, es un pudridero de enfermos. Los pobres pacientes, hacinados en salas destartalladas, sin ventilación adecuada ni cubicación atmosférica suficiente, con dolencias infectivas distintas, agrávanse generalmente en sus enfermedades, ó contraen otras de peor índole que aquellas que les obligaron á ingresar en tan repulsivo establecimiento. Fundado este hospital en 1229, se refundieron en él otros varios hospitales, pertenecientes unos al cabildo catedral y otros al Consejo de Ciento, en el año 1401. En esa época Barcelona contaba escasamente 40.000 habitantes, y no dudo que bastaba para atender al pobre en sus enfermedades. Pero la Barcelona actual, con más de medio millón de habitantes, necesita otros hospitales mejor emplazados y más en armonía con los adelantos científicos modernos.

En las detestables condiciones del hospital de Santa Cruz, la tuberculosis ha de hacer estragos entre los enfermos, pues reúne todas las condiciones abonadas para la transmisión del contagio tuberculoso. Buen campo para la siembra de bacilos son los pobres enfermos de otras dolencias, y buenos proveedores de semillas bacilares son los tísicos, que en gran número alberga el hospital.

El pobre tuberculoso, cuando ya ha agotado todos los recursos, cuando la miseria extrema le obliga á solicitar el ingreso en el único hospital que posee Barcelona, se encuentra muy á menudo con que no hay cama disponible para atenderle. Este tristísimo cuadro, que se repite todos los días en las oficinas administrativas, obliga al desdichado tísico á morir en un tugurio cualquiera, cuando no en la calle, llena el alma de amargura contra el indiferentismo social á sus postrimeros días de su sufrimiento.»

Dice respecto de la higiene industrial:

«Barcelona moderna es una ciudad eminentemente industrial y la higiene de las industrias resulta un mito. ¡Cuántas enfermedades nerviosas se originan de una anemia debida exclusivamente al polvo, gases y vapores que emponzoñan la atmósfera de ciertos talleres! ¡Cuántas deformaciones y trastornos de diversos aparatos orgánicos son debidas á viciosas actitudes, á movimientos exigidos por la mano de obra! ¡Cuántas y cuántas tuberculosis se adquieren en los talleres de las fábricas!

Las aspiraciones de la clase obrera que, hoy día, se han convertido en justísimas exigencias, son debidas, no solamente al mezquino salario, si que también á los sufrimientos inherentes al trabajo mal dirigido.

Entre los peligros que ofrecen las industrias, unos se refieren á la salud pública, otros á la salud pública y á la de los obreros, y otros que se refieren exclusivamente á la salud de estos últimos.

La índole de este trabajo no me permite detallarlos.

La tuberculosis es más frecuente en las profesiones que se ejercen en sitios cerrados, por ser más confinado el aire y por el polvo que en ellos se respira, á menudo saturado de bacilos de Koch, procedentes de los esputos expelidos por los mismos obreros y escupidos en el suelo de los talleres.»

Si á esto se añade la mixtificación de los alimentos, la posibilidad del contagio de la tisis por el abandono en que están las vaquerías, el vergonzoso estado del sistema de cloacas, etc., etc., habrá que convenir en que en Barcelona los trabajadores vivimos de milagro.

Por eso va bien la ironía con que el Dr. Llorens termina su trabajo.

«Señores: Grandiosa es Barcelona con su cabeza apoyada en el Tibidabo, sus pies bañados por el Mediterráneo, y teniendo en sus flancos el Llobregat y el Besós, cuyas aguas fertilizan los campos de sus alrededores y los hermosos jardines de sus fincas de recreo; bellísima es Barcelona con las anchurosas vías públicas de su ensanche, pobladas de riquísimos palacios y esplendorosas moradas; cristiana es Barcelona, cuajada de iglesias y conventos, cuyas torres se elevan hasta las nubes en atrevimientos arquitectónicos; laboriosa es Barcelona con las mil chimeneas de sus fábricas arrojando negro humo, cual incienso ofrecido á Dios por el trabajo; artística es Barcelona con sus museos y monumentos; sabia es Barcelona con sus valiosas academias y centros docentes. Pero mucho más grande, mucho más bella, doblemente cristiana, laboriosa, artística y sabia fuera, si entre tantas grandezas como atesora, se levantara modestos y limpios hospitales, asilos nocturnos, otros establecimientos benéficos y edificios escolares modelos; si en sus costas aparecieran sanatorios para los infelices tísicos pobres; si en sus playas marítimas se alzara algún nosocomio para niños escrofulosos, y si la atmósfera que en esta ciudad se respira fuese purificada por los preceptos de la diosa Hígia, que es la diosa de la salud.»

Si la publicación de estos datos es siempre útil, por lo que contribuyen al adelanto de la sociología y á poner de manifiesto los grandes crímenes sociales, actualmente tienen además el mérito de la oportunidad, ya que entre la burguesía catalana es moda agitar el fantasma de *Madrid*, murmurar de *Castiella* y cantar *Los Segadors*, viendo la paja en el ojo ajeno y no la viga de la explotación y de la mortalidad obrera que lleva sobre su conciencia.

Ello contribuirá á que los trabajadores catalanes no se embarquen en la expedición que prepara el capitán Araña burgués—que tan tranquilo dejó pasar lo de Montjuich, si no pedía el lynchamiento de los infelices que eran conducidos al castillo maldito ó azuzó á los sayones y esbirros—, y no se separe de la actitud de protesta revolucionaria, que significa la resistencia que viene sosteniendo, y del estudio de la cuestión social, al cabo de los cuales se halla la emancipación social del proletariado.

ANSELMO LORENZO.



LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

Las responsabilidades.

XI

Los soplones de la prensa.—La violencia existe desde que se estableció la autoridad.—La ley no es sino la violencia.—La violencia es el origen de los gobiernos.—El espíritu de rebeldía nació de la opresión.—Una declaración burguesa.—La lucha política se hace económica.—La violencia nace de la violencia misma.—Enredos burgueses.—Represalias.—Responsabilidad de los que se benefician de la explotación.—Nadie está libre de la lucha.—Solidaridad social.—Responsabilidad de los políticos.

Puesto que hemos tratado de la violencia y á cada instante nos lanzan el reproche de recurrir á ella, bueno será probar aquí si esta actitud no nos es impuesta por las condiciones y circunstancias del medio, y por la actitud misma de los que más ácerbos reproches nos dirigen.

Cada vez que se ejecuta un acto de violencia, sea anarquista ó no el autor, los soplones de la prensa se apresuran á atribuirlo á la anarquía y á los anarquistas, pidiendo una severa represión para los que tienen la desgracia de no parecerles que todo está bien en la mejor de las sociedades posibles.

Es verdad que los anarquistas aclaman la revolución; es exacto que afirman que el orden social presente no puede transformarse pacíficamente, que es preciso el que se recurra á la fuerza para destruirlo é implantar un estado mejor; es también cierto que, sufriendo más ó menos la arbitrariedad social, simpatizan con cuantos se sublevarán y resisten tenazmente á la violencia, legal ó arbitraria del capital y la autoridad, y que sus propósitos son librarse de las vejaciones é injusticias sociales. Pero lo que es más cierto todavía, es que los anarquistas no son los inventores de la violencia, ésta ha existido siempre, y nuestras modernas sociedades, con todo el orden de cosas actual, se han establecido y se mantienen por la violencia.

Que cualquiera, por su propia autoridad, sin otra forma de proceder que la fuerza física, me obligue á cosas que yo repudio, ó que se me esclavice, luego de haberse entendido con otros y disfrazarse para el caso, apoyándose en textos que repudio igualmente. ¿No será siempre arbitrario el fondo y la forma? ¿No se sancionará la violencia?

Es cierto que el guardia civil con su uniforme y los plenos poderes que la burguesía le ha otorgado para cometer toda clase de atrocidades, sería impotente por sí solo para sostener el estado social presente. La ignorancia y el error de la multitud son el principal sostén del régimen imperante; pero para los espíritus libres, enemigos de lo existente, el tricornio es la última razón.

* * *

Los gobernantes y defensores del presente régimen nos tratan de violentos cuando, hartos de sufrir, nos sublevamos contra su poder y contra sus actos. Obcecados

por sus egoísmos y conveniencias han olvidado muy pronto que, no hace mucho tiempo, eran ellos los revoltosos, enemigos de la legalidad que les trataba de violentos, y que, para apoderarse del poder, tuvieron que esgrimir las mismas armas y cometer iguales actos que los que hoy nos reprochan á nosotros.

Y esto no es de ahora ni de este siglo y el anterior: es la historia de todos los gobiernos; todos recurrieron á la violencia para triunfar, y por ella se mantuvieron en el poder.

En todos los tiempos y en todas partes hubo seres abrumados por la esclavitud que sobre ellos pesaba, y que en un momento se sublevaron y destruyeron á sus opresores, ó bien fueron destruidos por éstos; muchas víctimas muertas en estas luchas han sido glorificadas por los mismos que hoy nos tratan de criminales.

La burguesía actual que nos mortifica con los epítetos de asesinos, criminales y locos furiosos, ¿no ha escrito en su Constitución, cuando luchaba para ampararse del poder, que, «contra la opresión, la insurrección es el más sagrado de los derechos y el más santo de los deberes?»

Es cierto que ese derecho y ese deber no podía ejercerse sino contra la opresión que la burguesía combatía y nunca contra la que ella debía ejercer; pero si la verdad cambia, según la situación, no por esto deja de ser verdad para los que continúan viviendo bajo la nueva tiranía.

La burguesía no escucha los expuestos razonamientos, sino que reprocha á los anarquistas el que ataquen á los gobiernos y á los burgueses, y continuará reprochándonos mientras la fortuna nos sea adversa.

Que los anarquistas, cuya vida y cuyas ideas se fundan en la solidaridad y la afección entre los seres, hayan llegado á realizar y aprobar los actos de violencia, denota un estado de alma que la burguesía debiera meditar. Esta ha sido feroz, implacable para los trabajadores; á los anarquistas los ha perseguido como á fieras; por una palabra un poca dura, por un artículo algo más violento que de costumbre, han sido condenados á muchos años de presidio.

Pero tal procedimiento no tendría nada de particular si se hubiera tratado de adversarios que no se dejasen matar; si se les hubiese perseguido hasta desembarazarse de ellos, esto no se saldría de los accidentes propios de toda lucha.

Donde la burguesía ha sido más innoble es en la farsa criminal que con los anarquistas ha empleado. No teniendo bastante franqueza para ser abiertamente tirana, lo cual es una virtud política, á nuestro entender, no ha querido violar la libertad de palabra y pensamiento, pero ha inventado delitos imaginarios para perseguirlos como á lobos.

Sin contar los enredos policiacos inventados para perseguir con crueldad y ensañamiento á todos los conocidos como anarquistas, ¿cuántas infamias no se han cometido con ellos? Continuamente se les ha cazado; sin ningún pretexto se ha violado sus domicilios; se les ha difamado ante los vecinos, alarmándoles con historias fabulosas y estúpidos relatos; se ha procurado dejarles sin trabajo, aterrorizando al maestro del taller con burdas mentiras, y de mil modos les han hecho la vida difícil, y en muchos casos imposible, hasta el punto de que, lo verdaderamente extraño ante tanta canallada, es que los actos de violencia no hayan sido más frecuentes. Sabido es que «quien siembra vientos cosecha tempestades».

*
* * *

Por combatir al estado social, los anarquistas no esperaban que la burguesía les tratara con dulzura; pero lo que no podían jamás suponer es que, por propagar un ideal, se les tratara como á felinos, y si alguna vez han obrado como tales, no es sobre ellos, sino sobre la burguesía misma sobre quien debe caer toda la responsabilidad, puesto que, como hemos dicho, sólo se recoge lo que se siembra.

Reconocemos francamente que la propaganda anarquista está muy lejos de tener como finalidad la resignación; no queremos adormecer las impaciencias ni predicar el respeto á los privilegios y á los privilegiados; ¿pero no es esta la obra de todos los tiempos y de todos los partidos de oposición? Obra que todos los poderes han procurado impedir con nuevas leyes cuando han dispuesto de la *Gaceta*.

No podemos pedir á la burguesía actual más abnegación que tuvieron los que la precedieron en el privilegio; pero sí debemos hacerle observar sus contradicciones, sobre todo sus subterfugios y jesuitismo, que les lleva hasta tratar á sus adversarios como malhechores, con la alevosa mala intención de perseguirlos sin cuartel; que inventa toda clase de persecuciones inútiles, pero crueles, como las torturas de Montjuich en España, el domicilio coatto en Italia y los encierros celulares, las dietas á pan y agua, y la relegación en Francia, por el simple delito de tener opiniones contrarias al régimen actual, pancista y bárbaro.

Es cierto que muchos anarquistas cometen actos que están fuera de toda concepción de humanidad, y que más bien parecen actos de puro salvajismo que no obra de seres humanos.

Así, por ejemplo, si yo hubiera tenido en la mano una bomba para arrojarla en medio de una multitud de burgueses anónimos, sabiendo que había de matar á mujeres y niños, como sucedió en el Liceo, cualquiera que hubiese sido mi odio contra la burguesía y las clases privilegiadas, declaro que no hubiera arrojado la bomba.

«Para ejecutar tales actos es necesario tener el corazón torturado por el odio y corroido por los sufrimientos.

»Para que un anarquista, cuyo principal objetivo es la justicia, llegue á cometer friamente actos que han de causar la muerte de muchas personas, culpables sólo de formar parte de una clase privilegiada, es preciso estar profundamente trastornado. Que los burgueses atacados los anatematicen, no prueba sino lo convencional de la lógica humana.

»Sin embargo, si reflexionaran en las miserias que engendra el orden social, del cual ellos se aprovechan, y en las vidas humanas segadas por su avaricia, se extrañarían de que el estado social no fuera combatido con más violencia.»

Esto escribía yo al día siguiente del atentado del Liceo. Luego los acontecimientos nos han enseñado que Salvador fué atrocemente apaleado por la policía de Valencia, de cuyas resultas contrajo la tisis, enfermedad que lo hubiera llevado á la tumba si no hubiese sido ejecutado.

La venganza fué sencillamente tan implacable como brutales y feroces habían sido los que le quitaron la salud.

* * *

«La violencia trae consigo la violencia»—nos objetan algunos—, tanto más cuanto más brutales son los que la emplean contra nosotros, disponiendo de todas las fuerzas sociales, contestamos nosotros.

Cuando se han sufrido en esta sociedad todos los dolores que de ella dimanar; cuando se ha visto á los suyos morir de inanición, ciertos escrúpulos desaparecen, y si la fuerza nos oprime, no siendo más que la fuerza como supremo argumento, los que no mantienen su tiranía sino por la violencia, tienen muy poca razón para quejarse cuando ésta se vuelve contra ellos.

Cuando la fiera se siente acorralada lo ve todo de color de sangre; salta sobre los que la sitían, derriba el obstáculo que se le opone, y tanto peor para los que se interponen en su camino. Los primeros son los únicos responsables, porque la empujaron á la desesperación.

Los rufianes de la política debieran saber que hoy la guerra no se hace en la misma forma que en otros tiempos. Sufrimos las instituciones políticas que detestamos; pero no odiamos á los hombres políticos hasta el punto de ver en ellos nuestros únicos enemigos. Sabemos que desapareciendo ellos no obtendríamos ninguna mejora; nos contentamos sólo con despreciarlos, que es, á lo sumo, todo lo que se merecen.

La guerra es social. Sabemos que todos los males provienen de las instituciones económicas, y á los individuos que la representan van dirigidos los odios de los explotados.

En esta guerra nadie está fuera de la lucha; ó se vive con la organización social, ó se muere aplastado por ella.

En esta lucha sin igual mueren miles de miserables que no han conocido más que hambre y privaciones. ¿Es que el burgués despiadado, que lucha y no triunfa, despliega más actividad que el pobre á quien la miseria empuja al suicidio? ¿Más que los que sufren y mueren bajo férrea opresión?

Millones de desgraciados perecen en nuestra sociedad, sin que jamás se hayan preocupado del lugar que ocupan ni del que debieran ocupar en ella; sin haberse preguntado nunca el por qué de sus miserias y el lujo y abundancia de los explotadores; ni por qué éstos lo poseen todo, hasta la saciedad, sin producir nada, mientras que ellos, los trabajadores, los que todo lo producen, no tienen más que miseria y hambre.

¿Este abandono é ignorancia les impide caer diariamente á miles, víctimas de las enfermedades y la miseria, arrastrados por los tormentos y la angustia?

La pesada máquina social no los tritura menos por eso; diariamente en todas partes caen de las filas proletarias muertos de pena y privaciones, al lado de la riqueza y el lujo que ellos producen, después de haber pasado sufriendo y llorando la poca existencia que han vivido. Parece que están fuera de la lucha, y, sin embargo, todo el peso de la guerra recae sobre ellos.

*
*
*

El tranquilo burgués que no ejerce ninguna industria ni explota directamente á nadie viviendo de las rentas que le produce su capital colocado en valores de banca, puede también creerse fuera de toda lucha social, y de hecho no ha sufrido nunca, salvo en los casos de equivocación al colocar su capital.

«¿La sociedad está mal organizada? ¿Hay en ella miserables que mueren de hambre? ¡Oh, eso muy triste, mucho! Y el pacífico burgués lo lamenta con todo su corazón, así lo queremos creer. Hasta toma parte activa en las fiestas de caridad, y va á bailar ó al teatro para contribuir al alivio de tanta desgracia, y se desprende generosamente de algunas pesetas, que el periódico publica algo ostensiblemente, es verdad. Con eso su conciencia queda tranquila. Ayuda tanto como le es posible á mitigar las injusticias del destino.

»No se ha mezclado nunca en las cosas de la política, y no ha puesto jamás ningún obstáculo á las reivindicaciones del obrero sino con su voto y aprobación de los actos de los políticos.

»Su capital le produce para vivir con largueza; pero no es él quien lo hace producir; no ocupa á nadie más que á sus criados, que retribuye muy bien, y, por lo tanto, no se le puede acusar de explotador.

»¿Por qué, pues, incluirle entre los responsables del mal que él mismo sufre en este valle de lágrimas y miseria?

»Si todo en el mundo no está bien arreglado; si en nuestra sociedad no somos todos felices, ¿qué grado de culpa alcanza más al buen burgués que al infeliz proletario que muere de hambre?»

La diferencia es que mientras que el uno vive del estado social, el otro perece en él. Y hay gentes que dicen que esto es injusto, que en una sociedad que tiene la pretensión de estar establecida para garantizar la justicia y el derecho á todos sus miembros, es un crimen que haya quien goce de lo superfluo mientras otros carecen de lo necesario, que es preciso cambiar lo existente, y que los que no están con nosotros en la lucha están contra nosotros.

La solidaridad no es una palabra vana. Vuestra sociedad, cualquiera que sea su base y el antagonismo entre los individuos, no puede impedir, á pesar de todo, que en su seno se hagan solidarios de las instituciones los individuos que de ellas aprovechan.

No solamente nosotros somos responsables de lo que hacemos, del bien que beneficiamos y el mal que creamos, sino del que consentimos que los demás hagan.

Los privilegiados no lo han comprendido así, y por eso precisamente se empeñan en mantener una sociedad que no sabe hacer bien á unos ni perjudicar á otros.

El burgués que vive de sus rentas como el obrero que trabaja para sí mismo, sin ocuparse para nada de sus compañeros, negándose á solidarizar con ellos en sus reclamaciones; el diputado que hace promesas atrevidas sin inquietarse por la forma en que podrá cumplirlas; el escritor que en un momento de sincera emoción descubre las torpezas del régimen burgués, ó bien sencillamente porque así redondea mejor un párrafo; el *panamista*, estafador que vende su voto; el financiero que negocia en comercios facinerosos; el gacetillero que hace campañas para entregar el tesoro nacional á los jesuitas; los hambrientos diputados de la mayoría, que por darse pisto, viajar gratis y proporcionar á sus queridas lujo y placeres venden su voto y las funciones públicas, en una palabra, todos los que viven del régimen actual contribuyen á que el número de descontentos aumente, y trabajan para añadir un poco más de materia á la mina cuya explosión ha de acabar con lo existente.

Si por nuestra parte no reconocemos el derecho de aconsejar á nadie la violencia, entendiendo que la violencia no se aconseja, sino que se ejecuta, es evidente, no obstante, que lo que nosotros procuramos que los individuos realicen no es ni la resignación ni la inercia, ni mucho menos la confianza en las promesas de los adormideras, que no traerán ninguna mejora á la clase obrera. La humildad ante los opresores no inducirá jamás á éstos á ser menos feroces en su explotación.

No haciendo sino consignar un estado de cosas en el que cada cual queda libre de deducir las conclusiones que mejor le parezcan, conforme á su temperamento y modo de sentir, tenemos los anarquistas una parte de responsabilidad en todos los actos de insurrección que se ejecutan. Así lo sentimos y así lo declaramos sin declinar en nadie

las consecuencias; pero, amantes de la verdad y la justicia, queremos que sobre cada cual recaiga la parte que le corresponda.

*
* *

Cientos, y quizás miles de volúmenes pudiéramos citar, si lo creyéramos conveniente, para demostrar que no somos solos en la crítica demoledora de lo existente. El suplemento á nuestro periódico la *Révolte* y el de *Les Temps Nouveaux*, que cualquiera puede consultar, no son sino maldiciones burguesas proferidas contra su régimen, gritos de indignación y rabia de los más acérrimos defensores del actual sistema capitalista. Serán si se quiere gritos lanzados en un momento de sinceridad, despecho ó postración; pero no por eso dejan de ser verdades, puesto que son manifestaciones sugeridas por un estado social cuya ruindad salta á la vista.

Los que por hacer valer bastante más de lo que valen sus méritos y distinguirse de los demás, y los que para cazar las momias que su ambición reclama creen necesario hacerse una bandera con las reclamaciones de los desheredados, les parece natural avivar las impacencias, y cuando entre quienes les escuchan se halla alguien que, harto de esperar, sin fe en el porvenir, quiere traducir en actos lo que ha oído, que no era más que pura cháchara en boca de los farsantes de último cuño, estos seudorreformadores se acaloran gritando contra la «abominación y el crimen», y descargan sobre los otros las responsabilidades del acto.

Pues bien; no, hipócritas, farsantes y traidores, todo es resultado de vuestra sociedad egoísta, todo en ella está encadenado, todo el mundo es responsable.

Todos los que aullan contra los anarquistas habían predicado la calma; pero no con el ejemplo, ponderando las bellezas del orden social burgués y la confianza en la bondad de los poseedores de la riqueza, la resignación ante los abusos é injusticias y ante la explotación y la miseria.



Cuando hayan distribuido su último harapo y su último pedazo de pan entre los desgraciados, tendrán algún derecho á gritar: ¡justicial, ¡justicial, frente á la muchedumbre alborotada, porque sólo entonces tendrán derecho á decir que habían querido hacer algo, aunque anodino, para remediar los males de la injusticia social, y calmar los sufrimientos y adormecer los odios. Pero cuando se ha hecho la crítica de lo existente; cuando se ha invocado el advenimiento de un mundo mejor y se han declarado justas las reclamaciones de los desheredados, un solo día ó un solo instante ha de tenerse el pudor de callar, puesto que se ha contribuido á esclarecer el entendimiento del que sufre los rigores de lo existente y obra contra él.

Cuando se come con exceso habiendo quien muere de hambre; cuando se derrocha en elegancias y hay quien viste repugnantes harapos; cuando se despilfarra superfluamente habiendo seres humanos que no han tenido nunca lo indispensable, se es responsable de las iniquidades sociales, puesto que á su sombra se vive y se goza.


JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)





CIENCIA Y ARTE



FISIOLOGÍA

LAS AGUJETAS

(Continuación.)

Objeción á nuestra teoría.—Los sedimentos úricos, ¿son debidos á la traspiración provocada por el ejercicio?—La observación de los hechos contradice la opinión de los autores en este respecto.—Un experimento de fatiga.—De Limoges á Paimbœuf á remo.—Conformidad entre los hechos observados y el análisis químico.—El ejercicio produce un estado de uremia.—Analogía entre las agujetas de la fatiga y ciertos estados febriles.—Las agujetas y el acceso de gota.—Razón de la inmunidad para las agujetas en el estado de adiestramiento.—Papel de los tejidos de reserva.—Los productos de desasimilación. Papel del ácido úrico en las agujetas.—Las agujetas son una auto-intoxicación..

I

Contra la conclusión que acabamos de formular, se presenta una primera objeción.

Algunos autores consideran la orina que se deposita inmediatamente después del trabajo muscular, no como un líquido que contiene más materias excrementicias que en el estado normal, sino como un líquido más concentrado, es decir, que contiene menos agua para la misma cantidad de principios en disolución. Los sedimentos úricos no son más abundantes en esa orina que se elimina después del trabajo; pero el agua que los contiene en disolución ha disminuído. De ahí la mayor saturación del líquido y la tendencia á precipitar. Si es cierta la teoría de estos autores, los sedimentos úricos no indican un cambio en la composición química del líquido; sólo demuestran que una parte del agua habitualmente eliminada por el riñón ha salido por otros conductos, sobre todo por el de la piel. La traspiración sería, pues, la verdadera causa de la formación de los depósitos.

A esta teoría pueden oponerse dos argumentos de fuerza.

En primer lugar, ocurre con frecuencia que la orina es tan abundante los días que presenta sedimentos, como los que no los presenta. Nosotros hemos podido asegurarnos de ello, merced á unas cincuenta observaciones tomadas en distintas personas. Generalmente, en el curso de estas observaciones hemos llegado á notar que, en hombres no acostumbrados al trabajo, teniendo la traspiración muy moderada y siendo la orina más abundante que de ordinario, se producen los sedimentos. Por el contrario, hemos podido observar que, en hombres perfectamente acostumbrados, se producen en el trabajo grandes sudores sin que por esto la orina se enturbie.

Un largo ensayo de fatiga, hecho en un amigo y en mí mismo, me ha permitido comprobar durante nueve días consecutivos el resultado de los estudios que ya había hecho y á los cuales da sin duda gran autoridad.

A principios de Agosto de 1886, partimos en una lancha, con intención de recorrer á fuerza de remo, en el menos tiempo posible, la distancia que separa Limoges de Paimbœuf. Hicimos así, en nueve días, un recorrido de 550 kilómetros, remando constantemente con dos remos cada uno («con dos pareles», según la expresión técnica), obligados además á un trabajo suplementario excesivo, haciendo pasar nuestro pesado barco por presas elevadas y casi en seco que cortan el curso del Vienne en número de 83.

Este enorme gasto de fuerza muscular no nos rindió nunca, porque ambos estábamos endurecidos por un adiestramiento de dos meses. Después de jornadas de doce á catorce horas de trabajo en pleno sol, en los días más calurosos del año, hemos sentido efectos muy varios, pero nunca agujetas; nunca nos ha ocurrido encontrarnos al día siguiente, al levantarnos, menos dispuestos que la víspera; y, sin embargo, la fatiga había llegado á sus últimos límites durante el trabajo: cuando dejábamos los remos nos encontrábamos sin fuerzas. El ejercicio había llegado hasta el recargo, puesto que, á pesar de una alimentación muy substanciosa, bien rociada de vino, y sobre todo de café, nos hizo adelgazar á cada uno diez libras en nueve días. Por consiguiente, las agujetas no nos atacaron, ni tampoco nuestra orina, observada todos los días, presentó el menor sedimento.

Si estos sedimentos fueran resultado de la transpiración excesiva, ninguna ocasión mejor para su formación que nuestra segunda jornada. He aquí su descripción fiel.

El 10 de Agosto, después de atravesar á remo 50 kilómetros, bajo un sol que nos había cubierto de flictenas la nuca, la cara y las muñecas, después de empapar en sudor nuestros gruesos trajes de lana, recibimos albergue en el pueblecito de Availles, cuyo hostelero era al propio tiempo panadero. Nuestras camas estaban formadas por un único, pero enorme colchón de pluma, en que nos hundimos hasta la barba, en una noche de un calor canicular. Por último, nuestro posadero, como si hubiera querido prodigarnos todos los elementos necesarios para un experimento de fisiología, nos dió un cuarto colocado directamente sobre la bóveda de su horno, encendido durante nuestro sueño.

Es imposible imaginarse unas condiciones mejores para provocar el sudor: trabajo forzado durante diez horas, expuestos al sol de Agosto; una noche pasada en colchón de pluma en un sitio calentado como una estufa. Una avería que había que reparar en el bote nos obligó á pasar medio día en la población, y tuvimos ocasión de observar nuestra orina recogida hacia muchas horas. Pero no obstante los sudores profusos que habían empapado nuestros trajes durante el día é inundado nuestra cama durante la noche, no se produjeron depósitos.

Así, pues, no basta sudar mucho, antes y después del ejercicio, para tener sedimentos en la orina. La transpiración excesiva puede producir en las personas adiestradas, lo mismo que en las demás, una disminución de la cantidad de orina eliminada, pero no determina forzosamente la aparición de sedimentos.

Por fin, una última prueba, la más concluyente sin duda, confirma el aumento real del ácido úrico y de los uratos en la orina que presenta sedimentos, inmediatamente después del ejercicio: el examen químico.

He aquí el resultado del examen de una porción de orina, recogida después de

una larga sesión de esgrima, en un sujeto no adiestrado, que desde hacía diez meses se había abstenido de todo ejercicio muscular (1):

Para cada litro de líquido urinario, la cantidad de ácido úrico eliminado ha sido de 1,43 gr.

En un mismo sujeto, habiendo hecho el mismo trabajo, después de un adiestramiento previo, y cuya orina no ha tenido depósito alguno, la cantidad de ácido úrico eliminado por un litro de líquido ha sido 0,60 gr., cifra que no se aparta de la normal.

Se ve, pues, que para la ejecución de un mismo trabajo muscular, el hombre no adiestrado elimina algo más del doble de la dosis normal de ácido úrico, mientras que en el hombre acostumbrado estos productos no aumentan.

Los documentos que traemos al estudio de las modificaciones de la orina por el trabajo muscular son evidentemente muy incompletos, puesto que no atienden más que a un solo hecho: la producción de los sedimentos úricos; pero importa precisar este hecho por sí mismo, además de que hasta hoy nadie había notado su correlación tan estrecha con las molestias generales de las agujetas.

Hecho el estudio anterior, podemos establecer un hecho: y es, que la proporción del ácido úrico eliminado aumenta grandemente cuando la orina deviene turbia a consecuencia del trabajo. La orina no hace más que librar al organismo de los productos que se encuentran formados ya en la sangre. El ácido úrico en exceso que encontramos en el líquido urinario, a consecuencia del ejercicio muscular, existe, pues, en el líquido sanguíneo, antes de ser expulsado. Sabemos, además, que la eliminación de los principios úricos no empieza sino tres horas después del ejercicio y se prolonga á veces más, veinticuatro horas y hasta treinta y seis. Durante este período el organismo ha estado sometido al influjo del ácido úrico en exceso.

El ejercicio violento deja tras sí, en los hombres no acostumbrados, un recargo úrico de la sangre, una verdadera *uremia*, parecida á la que se observa, por ejemplo, en las personas gotosas, cuando están bajo la amenaza de un acceso de su enfermedad.

FERNANDO LAGRANGE.

(Continuará.)

Traducción de D. Ricardo Rubio.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La colonia del profesor Bickerton.—Las casas de papel.—Industria sueca.—Confirmación de la teoría materialista de los rayos desviados del radium.—Los rayos de Becquerel.—Experimentos del señor y de la señora Curie.—Un precursor ignorado: Seguin.—Afirmaciones de Grove y de Kropotkine.—El francés Seguin, creador de la teoría mecánica del calor.

La semana pasada tuve el gusto de conocer al profesor Bickerton, llegado últimamente de Nueva Zelanda, donde ha fundado la colonia *Christ Church*, que cuenta ya diez años de existencia y se halla actualmente en plena prosperidad. El profesor es sabio y filántropo á la vez: como astrónomo, ha enunciado sobre la formación de los mundos nuevas teorías que han alcanzado gran resonancia, y de las cuales me ocu-

(1) El análisis lo ha hecho M. Pepon, químico experimentado, al que enviamos nuestro agradecimiento por el concurso que ha tenido á bien prestarnos.

paré en otra crónica, y como filántropo, es fundador de la primera colonia que practica el comunismo respecto del consumo y el individualismo tocante á la producción. Este experimento, coronado de un éxito feliz, valía la pena de ser intentado, aunque vaya contra las preocupaciones de los mismos socialistas, que se ocupan casi exclusivamente de la teoría de la producción, sin pensar que ésta puede esperar siempre algunos días, en tanto que el consumo inmediato es absolutamente necesario. El consumo no va sin la producción: conformes; pero téngase en cuenta que se trata sencillamente de una cuestión de urgencia, más importante de lo que generalmente se cree, porque vientre vacío no escucha razones, y es preciso hartar los hambrientos antes de pensar en convertirlos en productores.

En la colonia del profesor Bickerton los edificios grandes, como almacenes, cuardras, etc., y también muchas casas, son de papel. Para ello se toma papel de embalaje de 50 metros de largo, por 2 de ancho, se le extiende en el campo, se le da una capa de brea y se cubre de arena. Cuando está seco se le vuelve del otro lado y se repite la misma operación. El papel así preparado se extiende sobre unos bastidores, y con él se hacen paredes, techos, etc., y así resulta que una casa para una familia sólo cuesta 16 libras (400 francos).

Las casas de papel son conocidas en Europa, hasta el punto que su fabricación constituye una de las ramas de la industria sueca, y todo induce á creer que está llamada á un porvenir importante. Se ha dado el caso que una compañía ferroviaria de San Petersburgo compró terrenos para edificar casas destinadas á ser vendidas á los trabajadores, y habiendo estudiado los diversos tipos de casas (piedra, madera, etc.), resultó que la sociedad que ofrecía mejores condiciones es una compañía sueca que se compromete á entregar en San Petersburgo por 50 libras (1.250 francos) casas de papel bien acondicionadas, ventiladas según las indicaciones de la ciencia moderna y capaces para contener cómodamente familias de cinco ó seis personas.

*
* *

En una nota presentada recientemente á la Academia de Ciencias de París, mon-sieur Becquerel ha indicado ciertas particularidades muy notables de la propagación de la emisión del radium. La substancia activa hallábase contenida en una vasija de plomo, puesta directamente sobre la placa fotográfica, y el todo se colocaba en un campo magnético uniforme paralelo á la placa. En estas condiciones, la impresión debida á los rayos emitidos de abajo arriba y reflejados sobre la placa por la acción del campo, se limita del lado del origen por un arco elíptico en cuyo interior no se observa ninguna acción fotográfica, en tanto que ésta se difunde gradualmente hacia las partes lejanas del origen. De lo que resulta que los rayos han descrito arcos de círculo, de los cuales, los más cortos están situados en el plano perpendicular á la dirección del campo, en tanto que los arcos oblicuos tienen rayos mucho mayores.

La emisión es, pues, compleja, puesto que el mismo campo obra de diferente manera sobre los diversos rayos emanados del origen. Los rayos más curvos son más absorbidos que los otros.

Si se examina esta relación desde el punto de vista de la teoría materialista de los rayos, se ve que la emisión del radium concuerda con el conjunto de las nociones generales sobre las ondas etéreas; pero los hechos señalados no autorizan todavía para creer que esta emisión sea de naturaleza material.

Un experimento decisivo en este sentido acaba de practicarse por el señor y la se-

ñora Curie, que pone fuera de duda que la emisión del radium carga negativamente los cuerpos que la reciben, mientras que el mismo radium se carga positivamente.

El doctor Olivier, después de deducir de los notables experimentos de los esposos Curie que la emisión del radium se compone probablemente de partículas materiales que llevan consigo cargas negativas, se pregunta si los rayos no desviados son un caso particular de los rayos desviados, y manifiesta su opinión de que son ó de otra naturaleza ó están desprovistos de cargas eléctricas. Esta última idea es aún admisible, y la manera singular con que esos rayos obran respecto de la absorción parece confirmarlo.

En un gran discurso sobre «la ciencia del siglo» pronunciado por nuestro sabio amigo Kropotkine, el conferenciante se ocupó de esos interesantes trabajos, recordando que un físico francés, ya casi olvidado, Seguin, fué un precursor de esta doctrina, cuando afirmaba en 1837 la naturaleza material de las vibraciones eléctricas y luminosas.

Y no es esto todo. Apoyándose sobre documentos irrefutables y también sobre la autoridad de un físico inglés, W. R. Grove, miembro de la Sociedad real de Londres, Kropotkine ha demostrado que la teoría mecánica del calor, atribuida al alemán Meyer, que la enunció en 1846, así como el equivalente mecánico del calor, formulado por el inglés Joule en 1860, habían sido, una y otra, establecidas por el francés Seguin en su obra sobre la *Influencia de los ferrocarriles*, publicada en 1839.

En ese libro Seguin hizo una primera aplicación práctica de la teoría de Montgolfier, estudiando y calculando la relación que existe entre las cantidades de calor necesarias para elevar el vapor á diversos estados de temperatura y de tensión y las cantidades de trabajo mecánico correspondientes á estas temperaturas y á estas tensiones. Sus investigaciones le llevaron á esta conclusión: la tensión del vapor no es más que el intermediario entre el calórico y el efecto mecánico un modo de conversión del calor en fuerza; que existe una relación directa y definitiva entre el calor gastado y el efecto mecánico producido; que esta relación es independiente del intermediario entre el calor y el movimiento.

Seguin halló, además, que la cantidad de potencia mecánica desarrollada por un gramo de agua cuya temperatura se eleva un grado es constantemente de 440 gramos.

Tal fué la primera determinación experimental del equivalente mecánico del calor, y este número 440 concuerda bien con los números obtenidos después por Joule y Meyer.

El sabio y modesto francés Seguin es, pues, el verdadero fundador de la teoría mecánica del calor, la más importante y fecunda del siglo.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

IV

Estábamos en la Cuaresma, y nadie se asombró de que me preparase para comulgar.

Serguei Mikhaïlovich no vino á casa en toda la semana, y lejos de sorprenderme ni disgustarme, aprobé su reserva, y conté que aplazaría su visita para el día de mi cumpleaños.

Durante esa semana madrugué mucho todas las mañanas, y, mientras enganchaban el coche, me paseaba sola por el jardín para hacer examen de conciencia, repasando en mi memoria las faltas que había podido cometer la víspera, formando resoluciones para aquel nuevo día, y, prometiéndome que al siguiente no tendría que reconvenirme el más pequeño pecado. Me parecía que nada era más fácil que ser una persona cabal, y que, para conseguirlo, me bastaría un pequeño esfuerzo.

Interrumpía mis reflexiones la llegada de larga *ligneiika* en que ya se encontraba Katia; yo me sentaba á su lado, y nos dirigíamos á la iglesia, situada á tres kilómetros de nuestra casa. Al acercarme, me acordaba siempre de que se nos ordenaba rezar por todos nuestros hermanos «en el temor del Señor», y al subir las dos gradas cubiertas de hierba, procuraba penetrarme bien de ese sentimiento.

No había en la iglesia más que una docena de campesinas y algunos criados de nuestra casa que se preparaban también para la comunión. Esforzábame en responder á sus saludos con una humildad estudiada; después me dirigía á la caja de los cirios, que guardaba el viejo sacristán, un soldado retirado; cogía uno é iba á colocarlo yo misma delante de los icones, pareciéndome siempre que acababa de realizar un acto heroico.

Las puertas del Tsar estaban abiertas, y se veía en el santuario el velo del altar bordado por mi madre; sobre el iconostasio estaban los dos ángeles rodeados de estrellas, que me parecían tan grandes, cuando era niña, y la paloma con su nimbo de oro, objeto de mi admiración.

Detrás del coro distinguía las fuentes bautismales, donde tantas veces había tenido yo á los hijos de nuestra servidumbre y donde me habían bautizado á mí misma.

Salió del santuario el anciano sacerdote con la casulla hecha del paño mortuario que había cubierto el sarcófago de mi padre; dijo el oficio con la misma voz que he oído siempre desde que vine al mundo, con aquella voz que celebró el bautismo de mi hermanita, y pronunció el *De pro fundis* delante de los cadáveres de mis padres.

Reconocía asimismo la voz temblona del sacristán que dominaba siempre el coro y la anciana campesina que había visto invariablemente en el mismo sitio, encorvada, arrimada al muro, levantando los ojos llenos de lágrimas hacia el icón colocado sobre el coro, estrechando con las manos cruzadas sobre el pecho un pobre chal ajado, y murmurando oraciones con los labios descoloridos y hundidos.

Todas esas cosas familiares crecían á mis ojos; revestían un carácter sagrado; no me eran ya queridas sólo por el recuerdo, sino que me parecían llenas de alta significación.

Escuchaba atentamente todas las palabras de la oración, y procuraba experimentar sentimientos en armonía con esas palabras; cuando no las comprendía, rogaba á Dios que me iluminase, ó rezaba mentalmente una oración mía en substitución de la que no había podido seguir.

Al llegar el *Confiteor*, evocaba todo mi pasado, y ese pasado infantil é inocente me parecía tan sombrío en comparación del luminoso estado de mi alma, que lloraba por mis pecados temerosa y trémula; pero creyendo á la vez que me serían perdonadas mis faltas, y que cuanto más culpable fuese tanto más dulce sería el arrepentimiento.

Cuando el sacerdote decía después del oficio: «La bendición de Dios es sobre vosotros», se apoderaba de mí inmediatamente una sensación de bienestar, sentía penetrar en mi corazón un cálido rayo que me inundaba de luz.

Terminado el oficio, el pope se acercaba á mí, y me ofrecía ir á decir las primeras

vísperas á la casa; yo le daba las gracias vivamente por esa atención y anunciaba que iría yo misma á la iglesia.

El insistía:

—¿Para qué ha de tomarse usted ese trabajo?

Y no sabía ya qué responder, temiendo pecar por orgullo.

Cuando no me acompañaba Katia, despedía el coche al llegar y volvía á pie, completamente sola; saludaba humildemente y muy bajo á todos los que encontraba, buscando la ocasión de hacerme útil á alguien, de sacrificarme por cualquiera, dando un consejo á éste, ayudando á aquél á levantar su carro, meciendo á un niño, ó cediendo la orilla del camino á un aldeano y yendo yo á meterme en medio del lodo.

Una noche oí á nuestro administrador, cuando iba á dar á Katia su parte diario, que el *mugik* Simeón había pedido unas tablas para hacer el ataúd de su hija y un rublo de plata para mandar decir una misa, y que se lo había dado todo.

—¿Tan pobres son?—exclamé.

—Muy pobres, señorita; no tienen siquiera para comprar sal.

El corazón se me oprimía; pero al mismo tiempo experimenté cierta satisfacción. Dije á Katia que iba á pasearme. Lo que hice fué correr á mi cuarto, coger todo mi dinero, cuanto yo poseía—que, á decir verdad, no era mucho—, santiguarme, y dirigirme sola por el terrado y el jardín hacia la aldea en busca de la cabaña de Simeón.

Habitaba en la primera *isba*. Pude acercarme á la ventana sin ser notada, dejé el dinero en el reborde y golpeé en los vidrios.

Al momento se abrió la madera, y salieron de la *isba* preguntando quién llamaba: pero yo huí, sin responder, temblando y helada de terror como una criminal.

Katia me preguntó dónde había estado y qué me había sucedido. Yo pasé delante de ella sin desplegar los labios, ni poder comprender la significación de sus palabras.

Cuanto me rodeaba me pareció de repente pequeño, mezquino. Permanecí largo rato en mi habitación sin poder ocuparme de nada, ni fijar mi pensamiento, ni darme cuenta de lo que sentía.

Pensaba en la alegría de aquella pobre familia, en su gratitud hacia el desconocido que había puesto el dinero en la ventana, y casi me pesó no habérselo entregado yo misma. Luego pensé en lo que hubiera dicho de ese acto Serguei Mikhailovich, y me holgaba creyendo que todo el mundo lo ignoraría siempre.

¡Qué feliz era en aquel momento! Por una parte me parecía que todos éramos muy malos, pero, por otra, no podía menos de juzgarme á mí misma y á los demás con tanta indulgencia, que la idea de la muerte se ofreció á mis ojos como un venturoso sueño. Lloraba orando, sonreía en medio de mis lágrimas, y sentía desbordarse de mí un amor que abrazaba al mundo entero y me hacía enternecerme por mí misma.

Entre los oficios leía el Evangelio, y ese libro se me presentaba más claro cada vez; á cada instante me parecía más sencillo y conmovedor el relato de aquella vida divina, y más impenetrable y sublime la profundidad de sentimiento y de pensamiento que encontraba en la palabra santa.

Pero, en cambio, cuando después de la lectura miraba en torno mío, y dirigía mi pensamiento hacia la vida cotidiana, ¡qué fácil y sencillo me parecía todo! Créala que nada era tan difícil como vivir en el pecado, ni tan sencillo como amar al prójimo y conseguir su amor. ¡Todo el mundo se había hecho tan bueno y cariñoso para

mí! Hasta Sonia, á quien seguía dando lecciones, estaba transformada, y se esforzaba en comprenderme, en serme agradable y en no darme que sentir.

Es que los demás obraban conmigo como yo con ellos.

Después pensaba en mis enemigos, á quienes debía pedir perdón antes de confesarme. Me acordé de una joven, una vecina, sobre quien me había permitido una broma en sociedad un año antes. Ella dejó de ir á vernos. Le escribí una carta, en que confesaba mi falta, pidiéndole perdón y la joven me dirigió otra, pidiéndome perdón también, al par que me concedía el suyo.

Lloré de alegría al leer aquellas sencillas líneas en que encontraba un sentimiento profundo y conmovedor.

Cuando fui á pedir perdón á mi *niania*, se deshizo en lágrimas.

—¿Por qué son tan buenos para mí? ¿Qué he hecho yo para merecer su cariño?— me preguntaba.

E involuntariamente me acordé de Serguei Mikhailovich, y pensé en él largo rato. No podía menos de hacerlo, y no creía pecar en eso.

Pero pensaba en él muy de otro modo que la noche en que me confesé á mi propia que lo amaba; pensaba en él como en mí misma, y lo asociaba de continuo á todos mis ensueños de porvenir.

Habíase desvanecido aquel sentimiento abrumador de su superioridad que me oprimía en su presencia. Me reputaba igual á él, y, juzgándolo desde las alturas á que me elevaba el estado presente de mi espíritu, penetraba en su alma entera. En aquel momento comprendí por primera vez por qué decía siempre que la felicidad consiste en vivir para otro; yo era ahora de su misma opinión.

Me parecía que los dos juntos disfrutaríamos de una felicidad tranquila y sin fin. No soñaba á su lado ni viajes al extranjero, ni sociedad, ni lujo, sino sólo una dulce vida de familia en el campo, con un eterno y mutuo sacrificio de la propia persona, con un eterno amor y con la conciencia permanente de que velaba á todas horas sobre nosotros una bondadosa Providencia.

Según me había prometido, confesé el día de mi cumpleaños.

A mi regreso de la iglesia experimenté tal plenitud de contento, que sentí como miedo de vivir, temiendo la menor impresión que pudiese venir á turbar mi serenidad.

Pero apenas nos dejó el coche en el patio, rodó en el mismo patio con estruendo una victoria bien conocida, y se unió á nosotros Serguei Mikhailovich.

Me felicitó y entramos juntos en la sala.

Desde que nos conocíamos jamás me había encontrado tan tranquila y tan independiente en su presencia como aquella mañana. Sentía en mi interior todo un mundo nuevo, impenetrable para él y superior á él; por eso, no experimentaba ninguna cortedad.

El debía tener la intuición de lo que en mí pasaba; lo comprendí por el cariño lleno de deferencia que me atestiguó con un furor casi religioso.

Me acerqué al piano; pero él lo cerró, y se guardó la llave en el bolsillo.

—No turbe usted la paz de su alma; acaba usted de oír una armonía superior á toda música terrestre.

Le agradecí esa atención; pero al propio tiempo llevé un poco á mal que penetrase tan fácilmente el secreto de mi espíritu. Al coímer manifestó que había ido para felicitarme y á la vez para despedirse, porque debía marchar á Moscou al día siguiente.

Al pronunciar estas palabras miró á Katia; después dirigió una ojeada furtiva hacia mí, como si temiese notar en mi semblante algunas señales de emoción.

Pero no me asombré, ni me preocupé, ni le pregunté siquiera si se ausentaba para mucho tiempo.

Sabía de antemano que anunciaría su marcha y que no partiría. ¿Cómo lo adiviné? Me es imposible explicármelo ahora. Sólo sé que en aquel día memorable tenía presente en la memoria todo lo que había sucedido y presentía todo lo que debía suceder.

Me hallaba como sumida en un hermoso ensueño donde ni el porvenir ni el pasado tenían ya secretos para mí.

Serguei quiso retirarse inmediatamente después de la comida; pero como Katia, fatigada por una mañana entera de iglesia, se fué á descansar, tuvo que esperar á que despertara para despedirse.

Como hacía demasiado sol en la sala, bajamos á la azotea. Apenas nos sentamos, empecé á hablar con la mayor calma de lo que debía decidir de la suerte de mi amor.

Entablé la conversación en el momento preciso de sentarnos, ni un minuto antes, ni un minuto después. No habíamos cambiado aún ni una sola palabra, y podía dar á nuestra conversación el carácter y el tono que me conviniesen.

Yo misma no me explico de dónde saqué la calma, la decisión y la claridad de mis expresiones. Parecía que no era yo la que hablaba, sino algo independiente de mi voluntad.

Él estaba sentado en frente, apoyado en la balaustrada; había traído hacia sí una rama de lila y se entretenía en deshojarla.

Cuando me puse á hablar, soltó la rama, y apoyó la cabeza en la mano. Su actitud era la de un hombre perfectamente tranquilo ó presa, al contrario, de una intensa emoción.

—¿Por qué se va usted?—pregunté acentuando las palabras, y mirándole al rostro.

No respondió en seguida.

—¡Los negocios!—balbuceó, bajando los ojos.

Vi el trabajo que le costaba eludir una pregunta formulada con tanta sinceridad.

—Escuche usted—le dije.— Usted sabe lo solemne que es este día para mí. Está llamado á representar un gran papel en mi vida bajo más de un aspecto. Si le hago esta pregunta, no es para probarle que me intereso por usted.—Usted sabe que estoy habituada á verlo desde que tengo uso de razón, y conoce mi cariño—; se lo pregunto porque debo saber á qué obedece su marcha...

—Me es muy difícil—respondió—decirle á usted el verdadero motivo de mi partida... Esta semana he pensado mucho en usted y en mí, y he decidido que debía marcharme. Usted comprende por qué, y, si me quiere, no insista...

Se pasó la mano por la frente, y después se la llevó á los ojos.

—Yo soy el que sufro—añadió—, y usted... usted comprende por qué parto.

Mi corazón latió violentamente.

—No puedo comprender—respondí—, *no puedo*, y yo le ruego, yo le pido como un favor, que usted me concederá, por ser el día de mi cumpleaños, que me lo diga todo; puedo oír con calma todo lo que tenga usted que decirme.

Cambió de postura, volvió á coger la rama de lila, y, procurando afectar una voz firme, contestó:

—Aunque sea ridículo é imposible expresar eso en palabras, y aunque me haga sufrir, voy á esforzarme en explicárselo.

Contrajo la cara como si experimentase un dolor físico.

—Veamos—le dije.

—Figúrese usted que había una vez un hombre, sí, un hombre de cierta edad, que había dejado ya tras de sí la juventud, y una señorita, N..., una joven perfectamente feliz, y que no conocía aún la vida ni los hombres. Se vieron acercados por relaciones de familia, y él quiso á esa joven con un afecto paternal, sin tener la menor idea de que pudiese un día amarla de otro modo...

Guardó silencio. Yo no hice ninguna observación. Al cabo de un instante continuó apresuradamente, con tono decidido, y sin mirarme:

—Había olvidado que la señorita N... estaba en la edad en que la vida parece aún un juego, que era demasiado fácil amarla de otro modo que como un padre, y que ella se encontrase satisfecha. Se forjó ilusiones hasta el día en que se deslizó en su alma un sentimiento distinto, pesado como el remordimiento, y temió ver destruidas sus relaciones amistosas. Entonces resolvió partir para conservarlas intactas.

Al decir esto, Serguei volvió á pasar maquinalmente la mano por los ojos, y acabó por tapárselos.

—Pero ¿por qué temía amarla?—pregunté muy bajo, y conteniendo mi emoción. Mi voz permaneció tranquila, y debió parecerle burlona.

Respondió con un tono casi ofensivo.

—Usted es joven, y yo no. Usted no desea más que jugar, y yo deseo otra cosa. Juegue usted, pero no conmigo, porque yo podría tomar en serio ese juego, y entonces sería desgraciado, y usted misma se avergonzaría. Así hablaba el Sr. A...—añadió—; pero dejemos todas esas niñerías... Usted comprende ahora por qué parto. No hablemos más, se lo ruego.

—¡No, no, hablemos!—exclamé, y las lágrimas hicieron temblar mi voz.—¿La amaba él, sí ó no?

Serguei Mikhailovich no respondió.

—Y si no la amaba—continué—, ¿por qué ha jugado con ella como con un niño?...

—Sí, sí—dijo precipitadamente, interrumpiéndome—; pero habiendo acabado todo entre ellos, se han separado... como buenos amigos.

—¡Pero todo eso que usted dice es terrible!... ¿Todo eso no podía terminar de otro modo?

Yo misma tuve miedo de lo que acababa de decir.

—Sí, hubiera podido terminar de otro modo—dijo, descubriendo la cara alterada por la emoción y mirándome al fondo de los ojos.

—Hay dos desenlaces posibles—continué.—Pero, por favor, no me interrumpa usted y procure escucharme con calma. Los unos dicen—añadió, levantándose y con una leve sonrisa amarga y nerviosa—, los unos dicen que el Sr. A... se ha vuelto loco, que ha amado á la señorita N... hasta la demencia, que se lo ha dicho... y que ella se ha contentado con reírsele en las barbas. Para ella, eso no era más que una broma; para él era cuestión de vida.

Me estremecí, quise interrumpirle é impedirle hablar por mí, pero me contuvo poniendo su mano sobre la mía.

—Aguarde usted—murmuró con voz trémula.—Otros dicen que la señorita N... tuvo lástima del Sr. A...; que esa pobrecilla, que jamás había visto el mundo, se figuró que podía amarlo y consintió ser su mujer. Pues bien: el pobre loco creyó que iba á em-

pezar de nuevo su vida... pero no tardó en descubrir que ella se hacía ilusiones y que él se había engañado... No hablemos más de eso—dijo para concluir.

Le faltaba la voz. Empezó á pasearse silenciosamente delante de mí.

Acababa de decir: «No hablemos más de eso», y yo veía, sin embargo, que esperaba mi respuesta.

Lo miré: estaba pálido, y le temblaba el labio inferior.

Me dió lástima.

Hice un supremo esfuerzo y rompí de repente aquel silencio que me oprimía, empezando á hablar con una voz sosegada, contenida, pero que esperaba ver alterarse de un momento á otro.

—Hay un tercer desenlace...

No tuve fuerzas para continuar...

Serguei Mikhailovich seguía guardando silencio.

—Ese tercer desenlace—continué con esfuerzo—, es éste: Él no la ha amado nunca, y le ha hecho un mal al partir, creyendo hacerle un bien, y hasta alabándole de esa acción... usted es el que se alegra de marcharse; en cuanto á mí, lo he amado desde el primer día.

A esta palabra «amado» mi voz tranquila y contenida se trocó en un grito salvaje que á mí misma me dió miedo.

Él permanecía en pie delante de mí, muy pálido; se acentuó el temblor convulsivo de sus labios, y corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—¡Es una mala acción!—grité fuera de mí, ahogándome y llenándome la garganta de lágrimas, de rabia. ¿Por qué?—repetí—, y quise levantarme para alejarme de él.

Pero no tuve tiempo; su cabeza estaba ya sobre mis rodillas; sus labios besaban mis manos, temblorosas aún y mojadas por sus lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Si yo pudiese creerlo!—balbuceó.

—¿Por qué, por qué dudar?—murmuré.

¡Pero ya en mi alma irradiaba la felicidad, esa felicidad hoy desvanecida y que no volverá nunca!

Cinco minutos después Sonia corría en busca de Katia, y gritaba bastante alto para que en toda la casa la oyesen:

—¡Sabe usted que Mariquita se casa con Serguei Mikhailovich!

LEÓN TOLSTOÏ.

(Se continuará.)

SECCIÓN LIBRE

LAS CRISIS DEL IDEAL

Todo el que observe con alguna serenidad de espíritu los movimientos populares hacia un ideal de sociedad superior, habrá notado, sin duda, estos espasmos de la acción, estos descorazonamientos momentáneos de la masa, estos abandonos súbitos que sumergen al pueblo en el desengaño y la duda.

Una vez resuelto el problema social de la clase media con un sistema que pareció en un principio muy á propósito para el triunfo de las clases desheredadas, quedaron éstas abandonadas en la pelea. Dióse á entender al pueblo que ensanchando las prerrogativas del ciudadano y concediendo esta categoría social á todos los adultos, podría convenir el sistema aun á los más pobres; pero luego se vió que todas estas prerrogativas y derechos habían surgido tan naturalmente del modo de ser de la clase media que otorgados al pobre convertíanse en arma inútil en sus manos.

La explicación del hecho era sencilla. La reforma que se ha llamado democrática en vez de llamársela mesocrática, hubiera sido insuficiente por sí sola si se hubiese aplicado á la sociedad francesa del siglo XVIII. La clase media vivía aletargada en la corporación gremial y reducida al comercio de las ciudades, pues la tierra se hallaba en poder de manos muertas, mayorazgos, corporaciones civiles y religiosas, etc. Las prerrogativas, no ya políticas, sino sociales, del clero y de la nobleza, eran de importancia suma, y de haberse concedido la reforma democrática sólo á la nobleza y al clero hubiese aprovechado.

Por esto, contra el común decir de las gentes, bueno es repetir que la revolución de la clase media fué social antes que política. La burguesía abrió para sí todas las puertas de la riqueza nacional, reformó la vida íntima de la sociedad acomodándola á la posibilidad perenne de su triunfo y partiendo de esta segura base conquistó los derechos políticos que habían de garantizar las ventajas sociales obtenidas.

El círculo de los satisfechos se ensanchó. Comprendiéndose dentro de la clase media á los pequeños propietarios rurales, se constituyó una organización político-social en que casi la mayoría de los súbditos entraban en la dirección de la cosa pública. Sin embargo, toda una clase quedó fuera de ella y la lucha hubo de empezar de nuevo.

Deslumbrados por los accidentes de este combate, desconocedores de la vida íntima de la historia, han dado algunos á este momento de la evolución más importancia de la que realmente tiene. No se trata de un fenómeno nuevo, no estamos en presencia de un proceso que obligue á fundir todas en una las pasadas etapas de la historia. Se trata de un incidente, importante sin duda; pero no tanto que su resolución haya de poner en peligro los adelantos de la civilización moderna.

Como hubo antes una revolución social de la nobleza que acomodó la sociedad á la mayor eficacia de su imperio, y una revolución social de la clase media que individualizó radicalmente el derecho de propiedad y preparó una organización civil conforme á sus aspiraciones, estamos ahora en el período preparatorio de una revolución social de la clase proletaria que quiere adaptar la sociedad á un estado de posesión definitiva para sus obreros.

Todo lo que se haga en otro sentido será inútil. No somos nosotros, ni la clase proletaria quien ha planteado así el problema, sino la realidad que ha sellado con los mayores desengaños las más nobles tentativas de redención política. La solución que se dé al problema ha de ser tal, que así como un tiempo era preciso entrar en la nobleza para gozar de la plenitud de derechos sociales y políticos, y es ahora conveniente adaptarse al modo de ser de la clase media para llegar al grado máximo de poder, sea mañana indispensable someterse á la condición de obrero para no perder un ápice en la posesión de todos los bienes de la vida.

Las garantías que aseguren la perdurabilidad de las reformas sociales últimas, vendrán á formar el derecho político de la sociedad nueva. Pero hasta que conozca-

mos prácticamente estas reformas sociales no podremos afirmar cuál sea la mejor garantía de las mismas. Por esto hay que considerar muy aventurada la afirmación de los socialistas que entienden puede ser el Estado político actual mandatario fiel de la revolución futura.

Y es que durante los dos últimos tercios del siglo XIX, han estado sucesivamente en boga diferentes sistemas que suponían encontrada la clave de las reformas sociales que habían de traer el triunfo de la clase proletaria, y partiendo de tal seguridad se aventuraban á proponer una organización política que las garantizara.

Esto dió lugar á las primeras crisis que en la marcha progresiva hacia un ideal de liberación surgieron en el seno de las masas proletarias. Se comprendió en seguida que la organización política ideada para garantizar los derechos de la clase media no podía servir para las nuevas necesidades: este primer desengaño trajo su crisis y á ésta sucedieron otras cuando se desechó la idea de modificarla profundamente, y al llegarse á la conclusión de que era preciso, prescindir de ella por completo.

Aligerada de esta preocupación primera la cuestión se planteó en sus verdaderos términos, ¿qué reformas sociales son necesarias, á qué forma de sociedad hemos de aspirar para que sea un hecho definitivo la entrada del obrero en el goce sumo de los bienes de la vida?

No voy á hacer la historia, ni siquiera sumaria, de los sistemas que se han sucedido en poco tiempo. Sólo quiero hacer notar que el ideal de todos ha sido el mismo y que este ideal ha ido revistiendo formas cada día más perfectas, mediante los refinamientos sucesivos que se han ido introduciendo en todas las crisis atravesadas.

En un momento determinado el ideal proletario aparece á la multitud definido en una forma que es la resultante de los movimientos anteriores. Los sectarios creen perfecta la forma y tratan de aplicarla, con lo que se entabla una lucha entre el ideal y la sociedad. Esta ha resistido victoriosamente hasta ahora todos los embates, y una vez agotada en la lucha la forma del ideal se produce una crisis; la multitud se descorazona, los elementos de acción quedan inertes, hasta que por una interior renovación en que intervienen el recuerdo de las dificultades no vencidas, así como los adelantos de las ciencias y las inspiraciones del arte, el ideal reaparece remozado y vigoroso en la forma nueva que alucina á las multitudes y las encrespa para la batalla.

Así entendidas las crisis del ideal, son los momentos culminantes en la vida de los dogmas. Porque los dogmas viven, á pesar de su rigidez, y aun el dogma cristiano, como lo demuestra Sabatier, se ha ido transformando lentamente á través de los siglos.

He aquí por qué entre todas las soluciones propuestas hasta ahora me quedo sin ninguna. No creo que hayamos llegado á la forma definitiva del ideal, pues no dudo que la sociedad sería entonces impotente para resistirle. Por el contrario, entiendo que el viejo ideal comunista de Kropotkine, amasado en el seno de la mansedumbre eslava y nutrido en la *catolicidad* latina por obra vigorosa de un Guyau, entró en franca decadencia con las enfermas elucubraciones de un Mecislas Goldberg, coronadas por el nihilismo epiléptico de los naturistas que capitanea el caballero Georges Beauhelier.

No me refiero á las crisis del libro, sino á las de la masa. Se publican hoy libros importantes en que, sin embargo, no se ven las limpideces de la nueva creación. Pero en el seno de la multitud la crisis es más evidente cada día. Los periódicos libertarios extranjeros no progresan como antes, las persecuciones que siguen á todo vigoroso

esfuerzo libertario han cesado, las masas se retraen, la antigua fe se tambalea en el espíritu y ningún nuevo apóstol surge de entre las masas alteradas.

El ideal comunista no arma ya la mano del visionario trágico que trata de imponerlo a la sociedad por el imperio de la fuerza. Esta calma que se ha hecho en los espíritus no quiere decir que se hayan desalterado las pasiones, sino que va apagándose el fuego que las alteró. No se confunde al pensador con el sectario delincuente, porque uno y otro parecen inofensivos.

Esos filósofos que aceptan la existencia de fenómenos aparecidos y desvanecidos porque sí, creerán que todo eso del problema social fué un fuego fatuo próximo a extinguirse: otros supondrán que la clase proletaria ha renunciado a conseguir reparación alguna fuera de la presente organización política, y en algunos puntos, donde el socialismo está en auge, se le tendrá por algún tiempo como fórmula perfecta de la emancipación obrera.

Cuando me interpeaban hace unos cuatro años los obreros acerca del nombre de la secta á que pertenecía, les contestaba que era *corominista*. Ahora empiezo á ver claro lo que entonces mi instinto presentía. Estamos abocados á la aparición del ideal individualista que vendrá á suceder al comunismo de ahora.

Es preciso que salvemos la confusión de los términos. Este individualismo será una forma nueva que no tendrá nada que ver con lo que hasta ahora se ha entendido por individualismo filosófico. Será la concepción germánica imponiendo al fin su hegemonía al pensamiento comunista de los eslavos y latinos. Esas razas individualistas del Norte de Europa que nos envían con triunfante eficacia los elementos de su civilización material, así como los progresos de su ciencia y las obras de su arte, nos darán al fin la norma sintética, el ideal caliente de vida que se agitará en el seno de las multitudes y despertará en ellas energías ignoradas.

No se trata de cabalísticas profecías. Los precursores en el arte han cantado ya. Ruskin, Ibsen y aun Nietzsche, que tiene más de artista que de filósofo, nos hablan de un ideal individualista que en vano se tachará por algunos de simplemente aristocrático. Es posible que sean almas aristócratas las de sus autores; pero el pueblo empieza á comprenderles y á aplaudirles.

El individualismo heroico de Emerson y Carlyle, el filosófico de Spencer, el social de Ibsen, el aristocrático de Nietzsche, esperan el apóstol ó apóstoles que lo vean en forma asimilable al alma de las multitudes. Falta sólo el esfuerzo revelador de la adaptación, revestir el ideal emancipador de este evangelio individualista.

Vamos á ver formas completamente imprevistas del ideal libertario. El dogma en su esencia será el mismo; pero aparecerá revestido y remozado de formas vírgenes que lo agitarán alucinante en medio de las multitudes. Y así la crisis presente con sus angustias de abandono, habrá servido únicamente para que los hombres de alma cansada sepulten en silencioso olvido sus creencias caducas, y para que los jóvenes de espíritu templen en el descanso pasajero las energías futuras.

PEDRO COROMINAS.



LO DESCONOCIDO

Conocí en Turín, en 1873, un descendiente del marqués de Jouffroy, el inventor de los barcos de vapor en 1776; el infeliz se hallaba en la mayor pobreza. Sabido es que aquel ingenioso investigador agotó sus recursos para demostrar la posibilidad de aplicar el vapor á la navegación; que el primer barco movido á vapor remontó el Doubs hasta Baumes-les-Dames, y que después otro llegó por el Saone hasta Lyon. Jouffroy quiso fundar una compañía para explotar el descubrimiento; mas para ello necesitaba un privilegio, y, habiéndolo solicitado, el gobierno sometió el asunto á la Academia de Ciencias, la cual, por inspiración de Perier, autor de la bomba para la extinción de incendios de Chaillot, dió un informe desfavorable. A continuación vióse el pobre marqués objeto de burlas generales por haber tenido la loca pretensión de armonizar el fuego y el agua, y se le aplicó el apodo de «Jouffroy-la-Bomba». El desgraciado inventor acabó por desanimarse, emigró al estallar la Revolución y volvió á Francia en tiempo del Consulado para patentizar que Fulton no fué con el primer cónsul más afortunado que lo que él mismo había sido bajo el antiguo rémigen. Además, Fulton no logró tampoco convencer á Inglaterra en 1804, por lo que en 1807 su primer barco de vapor pudo ser victoriosamente lanzado al agua en el Hudson, en su propia patria, que acabó por tributarle una justicia un poco tardía.

*
* *

A casi todos los inventores les sucede lo mismo. Otro paisano mío de Haute-Marne, como Jouffroy, el insigne Felipe Lebon, inventor del alumbrado de gas en 1797, murió en 1804 (asesinado, según dicen, en los Campos Elíseos de París el día de la coronación del emperador) sin haber logrado ver adoptada su idea por su país, á la que se objetaba como razón de mucho peso que una lámpara sin mecha no podía arder... Sin embargo, el alumbrado por gas fué aplicado en Londres en 1813, y en París en 1818.

Cuando la invención de los ferrocarriles los ingenieros demostraron con toda evidencia que los trenes no marcharían y que las ruedas de las locomotoras rodarían sin moverse de un sitio...

Cuando surgió la proposición de establecer un cable submarino entre Europa y América en 1853, una de las grandes autoridades de Francia en Física, Babinet, miembro del Instituto, examinador en la Escuela politécnica, escribió en la *Revue des Deux Mondes*: «Niego la seriedad de esas ideas; la teoría de las corrientes podría dar pruebas incontestables de la imposibilidad de semejante transmisión, eso sin contar las corrientes que por sí mismas se establecerían en un largo hilo eléctrico y que son ya harto sensibles en el corto trayecto de Douvres á Calais. El único medio de unir el antiguo y el nuevo mundo consiste en franquear el estrecho de Bering, á menos de pasar por las islas Feroe, Islandia, Groenlandia y el Labrador.»

El geólogo Elie de Beaumont, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, que murió en 1874, no se cansó de negar la existencia del hombre fósil, y eso que mi laborioso amigo Emile Riviere le descubrió en una gruta de Menton en 1872, desde donde le transportó al Museo de París, donde está á la vista de todo el mundo. Pero el hombre fósil está en desgracia, porque apenas si se le concede derecho de existen-

cia, y M. Riviere ni siquiera ha sido condecorado, hoy que, como contraste, tanto abundan las medianías que ostentan cintas de honor.

En Inglaterra la Sociedad Real no permitió en 1841 la publicación de la más importante Memoria al célebre Joule, fundador, con Mayer, de la termodinamia; y Thomas Young, fundador, con Fresnel, de la teoría ondulatoria de la luz, fué ridiculizado por lord Brougham.

En Alemania, viendo Mayer la incredulidad burlona con que fué acogido su inmortal descubrimiento por la sabiduría oficial, se inclinó á dudar de sí mismo y llegó á tirarse por una ventana. Poco tiempo después las Académias ensalzaban su nombre.

El gran electricista Ohm fué tratado de loco por sus compatriotas alemanes.

Pues ¿y lo que ocurrió con ocasión del descubrimiento del anteojo de larga vista? Los senadores de los Países Bajos se negaron á conceder un privilegio al inventor, «porque no se miraba más que con un ojo». Medio siglo después el eminente astrónomo Hevelius rehusó adaptar cristales á sus instrumentos para su catálogo de estrellas, porque suponía que perjudicarían á la precisión de las determinaciones de posición.

Estos ejemplos podrían continuarse indefinidamente por los siglos de los siglos, y bastan para edificarnos sobre uno de los aspectos del espíritu humano, sobre un carácter digno de ser tenido en cuenta en la investigación de la verdad.

Un amigo de treinta años de afectuosa adhesión y de dulce vecindad intelectual, Eugenio Nus, ha puesto en una de sus obras, titulada *Cosas del otro mundo*, la siguiente dedicatoria:

«A los manes de los sabios privilegiados, laureados, condecorados y enterrados, que negaron y rechazaron la rotación de la tierra, los meteoritos, el galvanismo, la circulación de la sangre, la vacuna, la ondulación de la luz, el pararrayos, el deguerreotipo, el vapor, la hélice, los barcos de vapor, los ferrocarriles, el alumbrado por gas, el magnetismo y el resto. A los que, vivos y por nacer, hacen lo mismo en el presente y continuarán haciéndolo en el porvenir (1).»

CAMILO FLAMMARION.

(De *L'Express*.)

(Traducción de A. Lorenzo.)

TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

VI

TRIUNFO DEL AMOR

Llegó un día en que el padre de Elisa se enteró de que los amantes se veían y hablaban y en la casa en que lo hacían, y sin decir nada á su hija, para que no sospe-

(1) Capítulo primero de un obra del mismo título en que el célebre escritor Flammarion estudia los fenómenos de la telepatía, de la sugestión mental, de la vista á distancia y de los problemas psíquicos de que tanto se habla en la actualidad.

chase nada, díjole que la iba á trasladar por una temporada á casa de su hermana, á quien ella debía heredar.

Elisa, en el primer instante de esta revelación, se sintió muy disgustada; pero temiendo que su padre sospechase algo, y si se oponía á sus mandatos desatase su cólera, se mostró resignada, objetando que ella estaba más á gusto al lado de él que era su padre, que no al de su tía. Pero él le indicó que tenía que irse por unos cuantos días á sus haciendas, y quería confiarla á la guarda de su hermana. Ella se conformó con esto, y no replicó más á su padre.

Al día siguiente se trasladó casa de su tía Tomasa, la cual la recibió con mucho júbilo, quejándose de que hacía mucho tiempo que no tenía el gusto de verla por allí. La joven contestaba á todo esto con una sonrisa y una que otra excusa, porque adivinaba la verdad de todo aquello que querían hacer con ella. Es decir, impedir á toda costa que no se vieran y hablaran los enamorados y obligarla á que se casase con Arturo.

Bien pronto los hechos vinieron á demostrarle, con pruebas indubitables, que no se había engañado en sus suposiciones. Su tía no le dejaba ni á sol ni á sombra, y le hablaba con mucha frecuencia de Arturo, cosa que no le gustaba á ella; y notaba que cuando su padre iba á verla se encerraba largo rato con su tía, hablando de cosas que ella no podía enterarse, en tanto que ella salía á la puerta de la casa para hablarle con los ojos á su amante, que la rondaba con frecuencia.

Su tía había recibido cartas de Arturo, en las cuales siempre venía una esquila amorosa dedicada á la joven, y que ella nunca había contestado, por más que su tía se lo había rogado; y ya desesperaban los buenos viejos de convencer á la joven por los consejos y razonamientos y decidieron hacerlo por la fuerza.

El padre de Pedro debía una importante cantidad, que no podía pagar en plazo limitado, al señor Felipe; y de acuerdo los dos hermanos habían convenido en hacerle pagar aquella cantidad, cuyo plazo había cumplido, al señor Juan. Y como sabían que el pobre hombre no podía pagar aquel dinero, lo encausarían y embargarían su casa, dando lugar á un escándalo en el pueblo que deshonorara al padre y al hijo, á ver si de este modo la joven renunciaba de buen grado al amor de Pedro, casándose con quien ellos querían.

El escándalo se dió, y los padres de Pedro tuvieron que vender una hacienda para satisfacer la cantidad que debían al padre de Elisa.

Pedro, en aquel contraste de su casa, que le avergonzaba, cayó en una especie de postración y de marasmo que no le dejaban salir de su casa, donde su santa madre le consolaba.

Le daba vergüenza de pasar por la puerta de la casa donde habitaba Elisa, y se hallaba como resignado á perder para siempre su amor y su esperanza.

En tanto, Arturo escribía á su tía desde la capital, de que muy en breve terminaría sus estudios, volviendo al pueblo para casarse con Elisa y ejercer su profesión.

Noticiosa de esto la joven y viendo que los acontecimientos se precipitaban, decidió jugar el todo por el todo, luchando frente á frente con la autoridad de su padre y con las invisibles redes que le tendía su tía, dejándoles burlados cuando llegase el caso.

Pedro hacía tiempo que no la veía; pero la joven no le reconvenía por esto, que ella sabía que no era por olvido; comprendía el estado y la atribulación de su amante.

Y como hacía tiempo que no le veía, escribióle una carta citándole para aquella noche, á las doce, en el corral de la casa en que vivía.

Pedro recibió la carta, y enterado de su contenido, aquella noche á la hora señalada por Elisa, saltaba la tapia del corral de la señora Tomasa.

La joven le esperaba, y le salió al paso de entre unos árboles, cogiéndole por la mano, y diciéndole:

—Ven.

El enamorado no tuvo frases con que expresar lo que en aquellos momentos sentía en el fondo de su corazón, y se dejó llevar como un autómatas donde la joven lo conducía.

Cogidos de la mano atravesaron una calle de árboles, y fueron á sentarse al pie de un frondoso peral, sobre la alfombra de húmedo césped.

Ella rompió el silencio, diciendo:

—Creía que no vendrías esta noche, y que ya tan presto me habías olvidado, puesto que hace tiempo que no te veo, y tú no haces por verme...

—Olvidarte, jamás—contestó el joven.—¿Pero ignoras acaso lo que ha pasado? ¿No sabes lo que ha hecho tu padre con mi padre para deshonorarnos? Créeme, mi querida Elisa—continuó el joven con triste acento—, me considero indigno de ti, y ahora, más que nunca, no podré llegar á ser tu esposo, puesto que tu padre me rechazará con más motivo que nunca, y yo no puedo presentarme ante él ni ante ti sin bajar la cabeza; he sido vuestro deudor.

—Esa deuda está pagada estrictamente por tu honrado padre, Pedro

—¡Oh... sí; está pagada de una manera escandalosa, y ese pago ha servido para enriquecerte á ti y para descender yo á un estado tal á que no podré nunca igualarme con mi trabajo laborioso y honrado.

—¡Qué poco me conoces, Pedro!—repuso la joven, y añadió:—Yo no ambiciono riquezas ni sueño con tesoros; sólo deseo tu amor, y sueño contigo.

—¡Oh, Elisa!—articuló el joven todo conmovido, y apretando la mano de la joven que tenía entre las suyas.

—Sí, Pedro mío—continuó ella con arrebatado acento y acercándose más á su amante—; sí, mi tesoro, mi dicha y mi felicidad toda lo eres tú; tú y sólo tú—repitió la joven con febril exaltación.

—¡Elisa de mi alma! ¡Te amo, te amo!—dijo el joven locamente, y rodeando con una de sus manos la cintura de la joven.

Sus labios se unieron en un largo y prolongado beso; sus alientos se confundieron y no pudieron hablar más; y sus cuerpos, entrelazados fuertemente...

El aire agitaba las ramas de los árboles, y la luna, ya lejana, se ocultaba por su ocaso, dejando á la noche en la más absoluta obscuridad, para dar paso á lo alborada del nuevo día.

AURELIO MUÑIZ.